

I

GRAMÁTICA DE UNA CALLE

[INFORME CATASTRAL]

PARA ACERTAR CON LA CALLE desde la estación del ferrocarril, un edificio singular con cresterías de castillete sumergido en un ángulo muerto de la ciudad, había que atravesar ésta cuidando de no perder las inmediaciones centrales. Como quien rebaña un pescado siguiendo el curso de la espina dorsal y va avanzando de la cola a la cabeza, desdeñando las vertebrales laterales:

TRES CRUCES
AMARGURA
PLAZA DE ALEMANIA
SAN TORCUATO

Esos eran los nombres.

Hasta llegar, antes de alcanzar la Plaza de Zorri-
lla, al cruce con la calle de Riego.

Aquí parecían acabarse las reminiscencias de una onomástica calcificada por menciones que delataban el apocamiento de la ciudad, cuya topografía urbana podría dar pistas suficientes sobre su historia interior en los últimos treinta años (pero si hasta las dos únicas librerías que hubo en mucho tiempo se denominaban «PYA» y «Religiosa»). Y, sin embar-

go, eso: sorprendentemente, en perpendicular a San Torcuato y haciendo hilo con la calle de Santiago, surgía la calle Riego, que había resistido con ese nombre alusivo al general romántico, como un despiste perdonable por la apariencia inocua que tomó la calle –quién sabe si salvada a propósito por el inconsciente liberal–, denominada desde muy pronto y hasta hoy «calle del riego», así, entre minúsculas y con inocentes expectativas hidrófilas. De hecho, se decía en la crónica apócrifa de la ciudad –en los mostradores de algunos cafés, en las revelaciones momentáneas de los ambigús de los cines, en las tertulias en sombra que mantenían más allá de los horarios públicos ciertos comerciantes desafectos que un viejo republicano, de nombre Dimas, a fin de conservar disimuladamente el nombre de la calle en la memoria del vecindario, había propalado tras la guerra civil la idea de que las alcantarillas de la calle estaban infestadas de ratas rabiosas que salían por las bocas a la menor ocasión, y que cada vecino debería remojar un par de veces al día la acera de su casa con una proporción definitiva de agua, permanganato y lejía a fin de acabar con la invasión. Lo creyeran o no, era corriente ver a mediodía y al anochecer a los niños y a las mujeres baldeando la calle con tesón. Y aunque nunca se encontró un solo animal que probase que los temores de Dimas eran fundados –salvo en el antiguo comercio de curtidos de la calle Feria, donde dijeron que una colonia de ratas se había apoderado de la memoria del lugar en los días cercanos a los sucesos horrorosos que

dieron con la muerte de uno de los descendientes de los fundadores-, se convirtió en costumbre aquélla de vaciar cubos al grito de «¡riego!» -¿o de «¡Riego!», tal vez?- , lo que hacía aparecer la calle siempre brillante y resbalina, con charcos burbujeantes en las junturas de los morrillos y una orilla de espuma rojiza a lo largo de las fachadas.

El esfuerzo de Dimas por hacer creíble su causa -Dimas, que a escondidas llegó a esparcir por la calle algunos animales muertos que él traería de apartadizos- duró varios años, suficientes como para mantener mal que bien la memoria del nombre en el imaginario popular, que a partir de entonces, por encima del rótulo impuesto en el nuevo nomenclátor político, siguió llamándola «calle del Riego» incluso en asuntos de paquetería y de correspondencia oficial.

La calle Riego llevaba a una zona comercial de la ciudad muy distinta de aquellos otros almacenes y tiendas del centro. Se caracterizaba por la sucesión de locales estrechos -cada vez más estrechos-, de una angostura temeraria a medida que se iba bajando la calle, y por la aparición de letreros enardecidos -cada vez más enardecidos- en los escaparates: «*TIRAMOS LOS PRECIOS*», «*MÁS BARATO QUE CUALQUIERA*», «*NOS HEMOS VUELTO LOCOS*», decían las leyendas goteantes de pintura blanca que se renovaban ocasionalmente con cada temporada. Y ni siquiera: no era tan difícil encontrar en plena brasa de agosto escrito en un escaparate ardiente

«*ABRIGOS DE PAÑO ESPAÑOL*» o, por el contrario, en el corazón de enero podía salir al paso: «*LA SANDÍA MÁS DULCE*», reclamamos intempestivos que los comerciantes dejaban abandonados así, sin escrúpulo profesional, para que sólo se hiciera cargo de ellos una misteriosa difuminación. A veces los recados eran varios, dos o tres, que llenaban la luna del escaparate y obligaban a mirar entre los huecos de las letras para tener algún indicio de qué era lo que se ofrecía tras los cristales.

Solamente había un negocio –*Ferretería La Llave. Sucesores de Arsenio Funcia*– que mientras duró mantuvo indemne, como un mote heráldico de estirpe familiar, el mismo letrero con letra de troquel en uno de los dos escaparates:

«*DONDE TODO LO MISMO ES MÁS BARATO*»

decía aquel admirable endecasílabo que condensaba en elipsis doblemente económica la irrefragable política comercial de la casa. Y aún se dio otro ejemplo de audacia en aquellos juegos de literatura de competencia que se trajeron entre sí las dos relojerías que en un momento dado hubo por allí. Mientras estuvo nada más Hernán, no hubo caso. Era el relojero de la calle, como lo es el cura del pueblo o el alcalde de la ciudad. Un cargo incontestable y sin derecho a réplica. Pero cuando se instaló por su cuenta Carlitos, que estuvo de aprendiz en su misma relojería –y al que Hernán siempre se refirió como «esa ingrata sanguijuela»–, comenzó una carrera de tensiones

en los reclamos de ambos escaparates: «*Marcas nacionales*» contra «*Suizos y exactos*»; «*Arreglos en el día*» contra «*Garantía por un año*»; «*Los relojes de siempre*» contra «*Últimas novedades*», y así. Por si la contienda no fuese suficientemente explícita, un día Hernán, seguramente asistido por la condición de su primogenitura comercial, puso sin remilgos: «*El mejor relojero de la ciudad*», provocación a la que no tardó en contestar Carlitos con ésta otra: «*El mejor relojero de la provincia*». Borrar Hernán «*ciudad*» y poner en su lugar «*nación*» no le pareció punto de desmesura. Pero se trataba ya de una cuestión de honor gremial. Y Carlitos —«esa ingrata sanguijuela»—, para liquidar de una vez la temperatura creciente de aquella disputa pública, hizo grabar sobre el escaparate con brillante letra roja —como para dejar claro que iba a ser definitivo— aquello de «*El mejor relojero del mundo*» que a todos pareció, fuese ello cierto o no, que resolvía el asunto. Sólo cuando tiempo después llegó a establecerse inesperadamente un tercer relojero —un sanabrés meticuloso, de nombre Juan— al que nadie auguró mucha vida en la calle, el vecindario se animó de nuevo esperando reacciones de los dos hombres ante el intruso. Nada sin embargo se conmovió, y menos cuando una mañana apareció en la luna del comercio del taciturno sanabrés aquella manifestación contundente —una letra de filigrana dibujada pacientemente sobre una faja blanca de papel— que era a la vez una lección de astucia propagandística y de geografía comercial: «*El mejor relojero de la calle*».

Hernán dejó desmayar su negocio desde entonces, como si nada pudiesen treinta años de presencia en la calle contra el certero golpe moral de aquel pequeño letrero. Por su parte, Carlitos acabó trasladándose a las zonas centrales de la ciudad, donde montó un negocio discreto de bisutería que acabó por devorar el alcance de su verdadero oficio.

El aporte mercantil de la calle Riego se caracterizaba también por lo que podríamos llamar un comercio «de inmediata necesidad». Es decir, en las calles centrales de la ciudad abundaban esos establecimientos que basan su prestigio en una desafiante resistencia generacional a los traqueteos del tiempo («*Hijos de...*», «*Sucesores...*», «*Herederos...*», «*Viuda de...*»), llenos de importanciosidad y a menudo dedicados a satisfacer el ocio de sus habitantes: tiendas de regalos que dependientas de uniforme envolvían en clamorosos plásticos crepitantes; perfumerías con estuches *couché* y cajas de colonia tituladas con nombres extranjeros, todo alineado en escaparates marciales; lencerías que exhibían como tímidas contraseñas femeninas algunas ropas llamativas de colores junto a medias de cristal o color humo perdido, calzadas en muslos de escayola amputada. Eso había.

Con no disimulada desfachatez, se intentaba hacer creer que la zona céntrica era, además, un espacio de buena suerte. Los ciegos vendían desde primera hora sus cupones por allí, en las inmediaciones del mercado de abastos. Y en las calles nobles siem-

pre había algún portal de lotería, como si la suerte no debiera al menos ponerse cerca de los lugares de paso de las gentes desfavorecidas. La culminación de esa arrogancia fue el reclamo que años atrás había escrito uno de esos loteros, agraciado –dos veces dos– con el premio gordo en el fatídico año de 1936, lo que hizo cavilar seriamente en la vocación de la fortuna por estar del lado de quienes se levantaron contra la voluntad popular en ese mismo año. Decía el desdichado cartel, verdadero compendio de las esencias de un casticismo rabioso, puesto allí a ojos vista:

BALDOMERO ES UN JOVEN LOTERO
QUE DOS VECES EL GORDO VENDIÓ,
TIENE MUCHA AFICIÓN AL TOREO
Y ES MÁS BRAVO QUE EL GRAN MOSCARDÓ.

Y eso por no hablar de la reputación de los cafés, cuyos nombres iban cambiando al albur del perfil político de la clientela que se citaba en ellos. Es lo que había pasado, por ejemplo, con el Café París, que para desprenderse de la memoria resonante de un país con el que guardábamos –al menos oficialmente– relaciones entumecidas pasó a llamarse Lisboa en plena guerra civil, y donde se reunían por lo común comerciantes significados, tratantes de ganado –pero sólo los martes–, componentes de la curia visible de la ciudad o viudas de posición respetable, que sólo se atrevían a entrar en el androceo a ocupar el sitio del marido cuando

éste ya faltaba. Como si, en efecto, lo que importase fuera que el apellido siguiera ocupando lugar en los cenáculos donde se le tomaba la temperatura a la ciudad.

Y algo similar ocurrió con los hoteles, con los dos únicos hoteles que podían albergar en la ciudad a los visitantes más conspicuos, toreros o emigrantes afortunados que llegaban de paso a la ciudad y necesitaban signos visibles de que su aventura había dado fruto, y de cuya presencia daban cuenta también aquellas gacetillas encargadas a los periódicos:

Hospedado en el Hotel Suizo se encuentra el ilustre hijo de esta ciudad, el afamado industrial don Hermógenes Ferrero, quien ha llegado desde Buenos Aires en compañía de su distinguida esposa en la intención de pasar unos días entre nosotros. Recibirán visitas en el Salón Imperial del hotel de seis a ocho de la tarde.

También estos hoteles se anunciaban con holgura en lugares preferentes de la prensa local («*Habitaciones confortables*», «*Servicio esmerado*», «*Ascensorista y planchadoras*»). Uno de ellos se llamaba así, Cuatro Naciones, en un presuntuoso intento de convocar bajo la misma mención a las potencias europeas que ayudaron a ganar la guerra –Alemania, Italia– junto a la minúculas Portugal y España, elevadas así desde su verdadera posición sucursal a una ilusión óptica que las hacía pasar por países de pron-

to fraternos (y, claro que sí, desde algún punto de vista –Hitler, Mussolini, Salazar, Franco– lo eran).

El otro hotel de ínfulas era el Suizo, con ese nombre aseado y nada comprometedor, acaso en la aspiración de llegar a replicar en el ambiente la prestigiosa asepsia de aquel país de inanidad feliz, dormido políticamente pero con la interna ebullición de la eficacia de un hormiguero.

Más adelante el aura germanófila en la nomenclatura comercial de la ciudad fue decayendo. La inercia de la Historia termina por dejar de tuturar lo que un día hubo de ponerse bajo el ala protectora de nombres formidables. Y llega a éstos una sigilosa apostasía, que los empaña hasta hacerlos desaparecer sustituidos por otros. Sólo así puede explicarse cómo en la década de los sesenta comenzaron a proliferar en los establecimientos dados al ocio los nombres italianos. Ello les ponía fuera de sospecha (¿pero quién pensaba en realidad en una Italia aún con camisas negras cuando leía aquellos rótulos salpicados por la luminosidad mediterránea: «San Remo», «Milán», «Nápoli», «La Toscana»...?) Nombrar esos restaurantes y heladerías era volver a ver la juventud insolente de Audrey Hepburn cruzando en vespa las calles de Roma. Y allá se iba los domingos, a buscar la impresión de que entrando en esos locales llenos de colosales fotografías de calles y monumentos se abandonaba por un momento no sólo la ciudad, oscura como un trueno, sino también el país, lleno de la espuma cenicienta de un exceso de uniformes. «Después del púlpito, el púlpito», prometían con

entusiasmo los padres de familia que tras la misa de las doce cumplían el ritual del vermú con sifón y unos calamares que brillaban como sortijas vivas bajo aquel lujo ilusorio, servidos bien calientes por correctos camareros también militarizados con chaquetilla y hombreras galonadas de presillas rojas y botones un poco góticos.

La necesidad de la ficción, de la búsqueda de la ficción, empezaba a corregir la última severidad que aún presidía modales y ademanes por entonces. En este sentido, el cine era la referencia de la alegría. El cine, que empezó a entrar en la vida cotidiana de la ciudad. Hasta hubo una cafetería que se tituló «Mayerling», como aquella película de 1957 –otra vez Audrey Hepburn– recordada explícitamente en un cartel auténtico que presidía el local. ¿Quién no sentía al entrar en un lugar llamado así, con memoria de sal y de limones flotando en el aire y el fragor de las gambas siseando en la plancha, cómo se desataba la imaginación congestionada por el desuso y se podía escapar por un rato del sabor a arpillera que dominaba la ciudad? De modo que, a falta de otra cosa, la gente se refugiaba en nombres, nombres como insignias que provocaban luces de sugestión.

Nada comprometedores, nada impetuosos tampoco, los nombres se nos adherían con la ventosa azucarada de sus consonantes desatascándonos el paladar. O eso nos parecía. Y al igual que más tarde una sala de cine reformada se llamó así, «Pompeya», como la película italiana de 1960 de Bonnard,

y abandonaba la pauta épica o folclórica de otros cines («Arias Gonzalo», «Ramos Carrión»), atenuada sabiamente –«el Arias», «el Ramos», se decía– en el idioma mordisqueado por lo popular, así también otros establecimientos alzaban nuevas evocaciones cuyos referentes sobrepasaban la estolidez general y nos abrían un apetito secreto, nos desencuadraban todo el sistema de previsiones que cada mañana en los colegios, en las oficinas, en las comisarías y en las calles se veía venir de lejos igual que se ve venir entre las nubes del verano la tinta inconfundible y polvorienta de una tormenta. Ordenar el futuro era cosa de otros. Eso nos habían enseñado. A nosotros nos tocaba nada más cumplir su guión con dedicación estremecida, pues no era asunto nuestro afinar la maquinaria de las discrepancias sino aceptar sumisamente un orden, estricto y descomunal, como quien se deja probar el tamaño del pensamiento en una plantilla que le está esperando.

¿Cómo no amar, entonces, esos nombres exóticos y llenos de fósforo que fueron apareciendo igual que larvas inesperadas en los rótulos de la ciudad? A ellos nos agarrábamos con lástima, a su cremosa tentación de escapar entre sueños a lugares menos hostiles, lo mismo que les pedíamos entre lágrimas en la oscuridad de los cines a aquellas actrices y a aquellos actores que de pronto, en un encuadre fulminante, parecían atendernos desde el cielo de la pantalla. «*¡Llévame contigo!*», le rogábamos a Raquel Welsh o a Mastroianni. «*Que no te acabes nunca*», suplicábamos a la película antes de volver a las

bombillas macilentas, al olor a gabardina húmeda y a la obediencia miserable al color gris. Se oía de pronto sollozar en el cine y todos sabíamos que alguien hablaba en secreto –*«¡Llévame contigo!»*– con quienes traían juventud y aventura a manos llenas para tirárnosla a la cara, para hacernos reconocer sin miramientos que nosotros sólo éramos coleccionistas de la intemperie.

Algo así sucedía cuando encarábamos aquellos nuevos nombres comerciales que prometían la vida –otra vida– en sus sílabas palpitantes. A veces eran contraseñas de los emigrantes que volvían con dinero suficiente para instalarse en su pueblo y dejar algún rastro visible de su epopeya. Entonces se leían cosas como «Ferretería Buenos Aires», «Cafetería Maracaibo», «Papelería Berna», «Tejidos La Cubana». *«¡Llévame con vosotros!»*, le pedíamos también en un brote inconsciente de sabiduría a aquella geografía de menciones succulentas que delataban nuestra precariedad, tal como si ya conociésemos que esta tierra expulsa siempre a sus hijos como una mala madre que maneja en un abecedario natal dos palabras primordiales: escasez y conformidad.

Y como no podíamos abandonar la ciudad, entonces entrábamos en esos establecimientos con la vaga convicción de que habíamos traspasado una aduana y estábamos a miles de kilómetros ya.

«Cafetería Maracaibo», «Restaurante California», «Bar Caracas»... los crujidos de hojarasca de los mejillones en el suelo con las valvas al aire y el serrín que nos llevábamos a casa en los zapatos se encarga-

ban de remedar miserablemente la arena ardiente de las playas que soñábamos conocer y la luminosidad de lejanos animales nacarados.

Pero sí, la calle Riego era otra cosa. Allí, a espaldas del prestigio, comenzaba otro comercio. Un comercio de apellidos invertebrados y mercancía destinada al consumo de lo que puede entenderse como vida ordinaria: fruterías modestas de género poco escogido y que ponía en algunos tramos de la calle el olor dulzón de los plátanos pasados, zapaterías económicas donde se daba salida a bota de trabajo y calzado de diario, mercerías de labor con dedales, cintas para rematar vivos, bobinas y perchas con agujas de todo calibre, un paisaje de luces deliciosas en la apretura de los escaparates.

Al final de la calle, frente por frente a la carbonería de Lorenzo Valbuena y a la Pensión Madrid, había un portal con un estanco que olía siempre a tabaco frío y cuyo emplazamiento llegó a ser objeto de litigio cantonal entre los habitantes de la calle Feria, la que empastaba directamente con Riego. Obsesionados por los límites –no les bastaba la frontera que la angosta costanilla de Laneros hacía–, sostuvieron durante un tiempo los comerciantes de esta calle dos posiciones contrarias que los tenía divididos limpiamente en anexionistas y catastrales. Aquéllos eran los que defendían que el estanco era el establecimiento que, más allá del rigor de los letreros municipales, iniciaba la calle Feria. Se basaban sobre cualquier otro argumento en que toda calle que se

precio había de tener un negocio de portal, fuese un zapatero, un aparador de joyas, una retalería o una expendeduría de tabaco; además, se decían, ¿cómo no hemos de completar el repertorio de tiendas de la calle con un estanco? No era sólo el tabaco sino los sellos, los sobres, las letras de cambio, los timbres con que se negociaba... Un estanco era, sí señor, un sustancial emblema de una calle eminentemente comercial como aquélla. Por su parte, los catastrales, más sometidos a la formalidad, pensaban que el estanco pertenecía por derecho a la Calle Riego según el nomenclátor municipal, y que nada legitimaba el trasplantarlo a la suya modificando unos límites que afectarían también a otras tiendas y viviendas que nunca se habían considerado de allí, de la calle Feria. Esta última opinión era muy defendida por las mujeres de los comerciantes, pero por otra razón: decían que quienes pretendían integrar el estanco dentro de la calle sólo buscaban una excusa para que la taberna de la señora Eulalia, más acá, en la costanilla de los Laneros, acabase también por ser considerada como parte del vecindario. Y eso no.

La calle Feria. Venía a caber en todo lo largo de unos cien metros escasos –algo más si en ella se calzaba por fin el estanco de los anexionistas– donde se empujaban unas con otras a ambos lados las fachadas de las casas, todas ellas de una misma impresión: planta baja para el negocio familiar y planta superior para vivienda del comerciante y su familia. En todas había pequeños balcones sobre los que se

amontonaba un trozo de cielo atascado y de donde sobresalía un esquema de alambres con ropas y algunos tiestos con geranios o latas con perejil plantado. En los más espaciosos aún cabía una pequeña tina de escabeche recuperada para una adelfa soñolienta que, arrinconada allí, parecía ni atreverse a crecer.

Eso es lo que el transeúnte que se llegase hasta allí dominado por la curiosidad tenía delante a primera vista. Eso y los reclamos de los comercios. Las pegajosas colleras y las trallas en la guarnicionería de Blas del Río, los cajones con fruta de verano y avispas de Palmira, la bota enorme que anunciaba los curtidos de Sánchez, los rollos de pita para maromas y los bieldos y serones en «El Sayagués»... todo se sacaba a la luz a primera hora de la mañana, por lo menos así era antes de que llegasen los letreros de bandera eléctrica e hiciesen innecesaria esa ostentación de las mercancías. La higiene comercial acabó también con esa fiesta de los objetos, que a menudo los hombres y las mujeres palpaban al paso por un instante –«el sobeo», se le decía– sin tan siquiera intención de comprarlos, simplemente para sentir un momento el sueño de los cuerpos en el tacto.

Fuese cual fuese su alcance, toda la calle Feria tenía una misma apariencia que le confería peculiar identidad. El origen de su nombre fue más bien una segregación natural, similar a esas calles inocentes que en los pueblos se bautizan así a las claras («calle de la Iglesia», «calle de la Escuela», «calle de la Fuente», «calle del Medio»), con la transparencia de esa relación directa que hay en la vida de esos ámbitos

entre el nombre y la cosa, hasta que a algún vecino se le ocurre aprobar unas oposiciones a funcionario y surge el problema de inmortalizarlo. En el caso de la calle Feria, durante mucho tiempo pasó por ella el ganado que los tratantes iban a vender más abajo. Así, la feria se había convertido en la desembocadura donde confluían la calle, la puerta, la avenida y la ronda. Todas ellas denominadas por igual «de la Feria». En un ejercicio de bastardía, tan sólo se apartaba de la mención la Plaza de la Puebla, que tanta impresión hubiera ocasionado en su paso por la ciudad a José Gutiérrez Solana, quien bajo la luz tuberculosa de sus descripciones habla ya entonces de fondas de cuadra y corral, boterías y almacenes de vinos que existían en aquel ambiente trasegante, donde el escritor llegó a presenciar –y así lo cuenta con negros brochazos de palabras de aguafuerte– en una vieja droguería la escena de una muchacha enferma y bubosa que venía a adquirir una trenza postiza para remediar la calvicie provocada por la enfermedad. También habla Solana de aquel hospital de leprosos de San Lázaro –ya desaparecido– en cuya pared frontal había escrita para los llagados alfabetizados esta recomendación inapelable:

«Los que fueren heridos de pestilencia imploren el favor de San Roque y alcanzarán su salud»

San Lázaro. El barrio pobre, casas de adobe y restos de parras cruzadas como piernas retorcidas

en algunas fachadas, elegido en los días de la guerra civil por pistoleros y acusadores –civiles sanguinarios (el tal Mariscal, el tal Sebastián) o los curas que escondían una camisa azul bajo el nubarrón de la sotana– para concentrar en un perímetro atormentado todos los ejemplos del escarmiento. Que se purificara la ciudad de aquel tumor, aquella excrecencia perturbadora que podría haberle salido en el cutis. Aún después, en la sombra de la posguerra, cuando se pretendió santificar esa parte de la ciudad con aquellos típicos maquillajes eclesiásticos (San José Obrero se denominó a la cabecera de esa zona, como si la usurpación del nombre contribuyera a lavar la memoria de los hechos; pero qué va), de la iglesia de San Lázaro salía aquella procesión encabritada de caballos y máscaras, banderas y medallas que lucían con siniestra chulería los excombatientes de la guerra civil, quienes atravesarían tantos años después –quién sabe si entre ellos alguno de aquellos pistoleros– la misma calle Feria así, a cara descubierta, con el descaro de los vencedores.

Fue en una de esas, sí, cuando detuvieron al padre de Reme, el palomero, uno de los llamados domiciliarios por los vecinos del serano, que no salía jamás de la calle –como Montesol el sastre, como Valentina la confitera, como el señor Joaquín, el dueño de *Las Tres Coronas*–. Un día se fue de San Lázaro, donde había nacido, a la calle Feria. Se encerró en casa y se dedicó a criar palomas silenciosamente para no equivocarse, como se equivocó su hermano Sixto. El palomero decidió no volver a

dejarse ver. Así no se equivocaría nunca. Pero una de sus palomas, sí. Se equivocó la paloma.

Aunque eso también es otra historia que un día nos acabó contando a Muñoz y a mí Chon, la hija pequeña del palomero.

Chon, otra que luego también se equivocó.

NI SE EQUIVOCÓ NI SE EQUIVOCABA

A papá siempre le avisaban días antes de la Semana Santa con lo mismo. Llegaba el municipal a casa -lo imaginábamos desde el balcón manejar abajo el llamador, la mano con un huevo, como si fuese un hisopo que estampanaba una y otra vez contra el rombo de hierro- y, tras subir trabajosamente los dos pisos de escaleras, se quedaba al pie de la puerta y soltaba lo que nosotros ya sabíamos que íbamos a oír. Papá asentía heladamente a todo, con aquella dignidad que le salía para mostrar que obedecer no era exactamente lo mismo que estar de acuerdo con lo que se le imponía. A nosotros nos gustaba oírle decir «pues así se hará, pues así se hará» porque era ésa la única vez que parecía que le quedaba un pellizco de voluntad. A él, que desde lo de mamá había renunciado a tomar cualquier tipo de decisión por minúscula que fuese.

Se pasaba la vida en pijama y con un cigarro flojo y deshebrado columpiándose en la boca. No

salía a la calle jamás. Los sábados se presentaba tía Leonor en casa para llevarse ropa sucia que lavar, y nos traía la de recambio y para él un cartón de tabaco rubio sin emboquillar: «¡La munición!», le anunciaba siempre con altanería cuando le tiraba el «Bisonte» sobre la mesa de la cocina. Ante las contundencias de tía él parecía más menudito, con el bigote azafranado por la nicotina, fileteándole el labio superior como un hojaldre que crujía cuando me dejaba puesto el beso de todas las noches antes de ir a la cama.

Llegaban esas fechas de marzo, todo lo más de abril, y nosotros jugábamos a esperar la visita del municipal. Jugábamos a ver quién lo veía antes para anunciar a voces a papá que ya estaba bajando la costanilla y se dirigía pimpante a casa. Era el mismo todos los años. Aquel hombre panzudo que días después ponía orden en las filas de los que esperaban la procesión, su paso por nuestra calle. Se ve que le gustaba pasearse la ciudad y que todo el mundo lo viera por un día así, en el medio de la calzada a él solo como si fuese alguien importante, más importante que los cristos y las vírgenes y más importante que los gobernadores y el obispo, «los entrecomillados», los llamaba la prima Virtudes cuando aparecían así, escoltados por cuatro guardias silenciosos, dos a cada lado con sus fusiles verticales sobre el hombro.

También ese año llegó puntual. Nos miró un momento de más como para advertir si habíamos crecido lo que nos correspondía desde el año ante-

rior. Y habló con papá, que nunca quería mirarle a los ojos, para decirle lo de siempre: que el Lunes Santo ojito con que las palomas hiciesen escándalo al paso de la procesión, que no quería que tuviésemos más problemas de los que ya habíamos tenido, «conque las guardas a todas –de tú, siempre– y te preocupas de que no hagan ruido, no pase como el año aquel, que luego se me piden a mí explicaciones y tú verás qué puedo decir yo». El año aquel. Cuando el señor gobernador se había detenido señalando unos instantes nuestro balcón mientras cuchicheaba con un joven militar que lo acompañaba, y ya todo el mundo se desentendió de la procesión hasta el final.

—Nos conviene a los dos, ¿te haces cuentas?, le decía siempre para rematar el parlamento.

Papá nunca le hablaba. Sólo asentía con la cabeza, le decía aquello de «pues así se hará, pues así se hará» y le despedía con un amistoso ademán que para nosotros quería decir que lo había entendido todo y lo iba a hacer tal cual. No habría más caso.

Como las otras veces, el municipal bajó torpemente las escaleras y se volvió desde el descansillo. Todos contemplábamos en silencio su marcha, papá aferrado a la barandilla con los dos brazos tensos como si la fuera a sacudir para arrancarla de cuajo y nosotros tres a su lado, asomadas las cabezas entre las hojarascas negras y frías de la rejería de los barrotes. Repitió aquello de que olía demasiado ácido desde que se entraba en el portal, que ya sabía que vivíamos también de vender el palomino pero que

procuráramos sacarlo más a menudo, que cualquier día vendría un inspector de sanidad y seguro que íbamos a tener problemas. «Por los niños, mayormente», dijo señalándonos con un cabezazo antes de seguir bajando la escalera con la nariz cogida en pinza, bien a las claras.

A los palomos se los encapuchaba con un capuz de cuero negro sujeto a un juego de cascabeles gemelos. Nos lo prepararon todo en la guarnicionería de abajo el año que se nos avisó de lo que molestaron al gobernador en la procesión los ruidos de las palomas. Y si le molesta al gobernador es que le molesta a Nuestro Padre Jesús de la Tercera Caída, que ya bastante tiene con su cruz, nos dijo el municipal en aquella primera ocasión.

Los palomos se dejaban hacer mansamente, sin enrabiarse. Creíamos que no se extrañaban de estar así, emplastada la cabeza en un caperuz, porque conocían que estábamos en Semana Santa. A las palomas, claro, ese día se las llevaba de su habitación al cuarto de atrás, el que daba sobre la calle de Los Laneros. Eso es lo que papá hacía el Domingo de Ramos de cada año. Y nosotros le ayudábamos.

Nosotros éramos los tres: mi hermana mayor la Reme. Yo. Sixto, el pequeño.

Los tres vivíamos con papá desde que mamá había muerto.

Todos los años, la mañana del Lunes Santo ya estaba vacío el cuarto de las palomas, que daba a la calle Feria, por donde tenía que pasar la procesión, y no había peligro de que los borborigmos de los pájaros estropeasen el desfile. Los tres sabíamos que teníamos que hacerlo así, lo sabíamos desde la vez aquella en que el señor gobernador susurró algo al oído de uno de sus escoltas mientras alzaba levemente el bastón a lo alto y todos, incluso los músicos, que perdieron el paso, y el cura, que iba apabullado y modoso dentro de una casulla brillante como una carpa de plata, levantaron la vista hacia nuestras ventanas y se quedaron mirando estupefactos.

A papá nunca le había gustado esa procesión, y eso que era la del barrio. Pasaba el cortejo por delante mismo de nuestra casa con las pezuñas de los caballos iniciales cascando contra las piedras y unos pajes con peluca y medias negras sujetándolos por las bridas. Encima de los caballos iban hombres tapados con caperuzones también negros y con cirios encendidos, apoyados contra la cadera como los nardos de la canción. Eso para empezar. La prima Virtudes lo veía todo con nosotros y un día dijo aquello tan misterioso que no nos quiso explicar entonces. «Talmente el cucusclán», dijo. Pero se negó a repetirlo cuando se lo preguntamos.

Había vecinos, no muchos, que esperaban a medio asomar en los balcones o bajaban a ponerse detrás de las puertas de los comercios. Papá no. Ni siquiera se molestaba en dejar de clasificar los huevos puestos del día por las palomas o en desollar los

pichones que luego vendíamos en las casquerías del mercado de abastos. A nosotros nos dejaba hacer lo que quisiéramos. Pero él, silencioso, impasible el ademán, continuaba fumando y a lo suyo mientras el ruido de los tambores estremecía las junturas de las baldosas de la casa y las trompetas, con su uña estrepitosa, arañaban los oídos en el aire del atardecer. Ese día parecía descomponerse ya algo para el resto de la semana.

Más adelante sabríamos por qué papá mantenía esa indiferencia al paso del desfile del Lunes Santo, conocido también como la procesión de Los Excombatientes. Quienes entre los congregantes desfilaban a cara descubierta, hombres de uniformes cremosos de donde colgaban flamantes perchas de medallas como las que nosotros mandábamos con los pichones sacrificados a los puestos del mercado, habían mandado fusilar a su hermano el mayor un amanecer de finales de los años treinta, mucho antes de nacer cualquiera de nosotros tres.

Haber elegido para la procesión ese itinerario, desde el barrio de San Lázaro hasta el centro de la ciudad atravesando de paso nuestra humilde calle comercial, a papá le parecería seguramente una afrenta. Si por él hubiera sido, nadie de la calle Feria debería acudir a presenciar el ostentoso desfile de tanto verdugo, cuyo primer objetivo sería a todas luces mostrar a la ciudad –y precisamente a esa parte de la ciudad– que ellos aún estaban ahí, en pie y dispuestos, y que si quisieran podían continuar con los escarmientos en cualquier momento. Un recado

amenazante. No de otra manera podía comprenderse eso de que ellos se dieran a ver a todo el mundo así, en piña y arrojados por las autoridades militares, civiles y religiosas de la ciudad.

Era, qué bien lo veo ahora, un signo, una advertencia que año tras año se ratificaba a fin de recordar quiénes habían vencido, quiénes seguían representando en la ciudad la columna vertebral del orden del país y, lo que era peor, dejar muy claro que eran ellos los elegidos para acompañar y proteger a las imágenes de la divinidad, en especial a la Virgen de la Amargura, tan visitada por las mujeres que en la iglesia de nuestro barrio le encomendaban sus muertos.

La Reme supo algo de eso y nos lo contó una noche antes de dormirnos (los mejores secretos nos los decíamos mejor así, a oscuras y en las orillas de los sueños, de cama a cama y con los ojos abiertos como para oír mejor); también nos prometió decirnos algún día quiénes eran los hombres que desfilaron en la procesión. A ella se lo había dicho todo la prima Virtudes, que contra el parecer de papá pensaba que toda familia debe saber quién ha osado intervenir en ella para violentarla de cualquier manera que haya sido.

Ese día Virtudes se había puesto al parecer junto a Reme tras el cristal del balcón, justo al lado del bebedero de las palomas. Pegó los labios a su oreja y de golpe y sin aviso le fue cantando lo que luego ella nos diría a nosotros dos: la identidad de cada uno de los que iban detrás de los pasos, como si también ahora llevaran prendidos a Cristo y a su madre igual

que habían hecho con hombres y mujeres años atrás. «Mira -le decía borrando con el dedo el charquito de vaho que se formaba en el cristal a la vez que hablaba-, ¿ves aquél de la chaqueta blanca y las gafas oscuras? Ése conducía entonces los camiones que llevaban a los hombres hasta las tapias del cementerio». Y «mira: ése que va tras él tenía fama de acusar a los que le interesaba por algún motivo; así se los llevaban a la cárcel». Y «ese cura confesaba a las mujeres de los presos y les sacaba información que luego pasaba a esos otros que van ahí atrás con esa bandera». A veces la Reme tomaba la voz cantante: «¿Y aquéllos de los trajes negros?» «Ésos se fueron a Rusia a ayudar a los alemanes». «¿Y éstos de la boina metida en bocadillo en la hombrera?» «Ésos fueron de los primeros que metieron el dedo en el bollo. Se les llama camisas viejas, ya ves». «¿Y aquél que va lleno de chatarra y tiene una funda de pistola en el cinto?». Virtudes se quedó callada y se separó un poco del cristal antes de contestar a Reme. «Aquél es el peor de todos. El que más daño nos hizo. Le llaman Camuñas». Y volvió la hoja de la contraventana para que no lo viéramos ninguno de los tres. Pero ya era tarde para olvidar aquel perfil anguloso y crispado, del color de los huesos bien mondados y abandonados por los perros en las afueras de las ciudades.

En el ajetreo de esos días participábamos todos. Se trataba primero de arreglar el cuarto de las traseras, donde había que llevar todos los pájaros. Entre los tres desocupábamos del todo aquellos armarios

corpulentos y los trincheros con piezas de loza ya mordida y desborcillada pero que papá nunca quiso tirar. Había también recortes de periódicos, carpetas que olían mucho a vinagre y a humedad, cajas comerciales de lata con fotografías, algún paraguas de varillaje maltrecho... qué sé yo; y todo, todo iba a parar de momento a nuestra habitación, lo que nos ponía contentos porque eso significaba que por la noche, antes de dormirnos, volveríamos a rebuscar los tesoros de mamá entre todos aquellos cartapacios.

Y cuando ya el cuarto estaba desocupado, papá forraba el suelo de periódicos y paquetes de cartón descuartizado. Encima ponía también plásticos. Después iba llevando por el pasillo los varales donde se posaban las palomas. Lo hacía sacándolos uno a uno, y a nosotros nos gustaba ir tras él ayudándole a levantar el extremo del puntal para que no arrastrara, como sabíamos que había hecho el Cirineo con el propio Cristo, según aparecía la escena en uno de los pasos del Viernes Santo. Luego armaba el entramado y lo dejaba tal cual para que durante la tarde del Lunes no extrañasen demasiado las palomas, no fuera que se murieran de angustia, como papá mismo decía. Desmontaba las puertas de los armarios y retiraba los cajones del trinchero, así podían rebullir de acá para allá saliendo y entrando y no se ponían nerviosas, que es cuando empezaban a picarse en los ojos unas a otras. Y cuando el escenario estaba dispuesto, por fin venía lo mejor, que era espantarlas con las carracas para sacarlas del cuarto palomero y conducir las pasillo adelante, como hacen los

pastores con los rebaños, sólo que ellas por el aire, hacia la claridad de una bombilla que resplandecía en el cuarto trasero y era la única luz que se veía, porque habíamos cerrado todas las contraventanas de la casa. A todos nos gustaba ir arreando palomas. Tendríamos cada vez unas doscientas. Quizá más, contando los pichones y los palomos. Y siempre era así. Primero se sacaban a mano, antes que a las demás, a las que estaban criando y a los pollos, para que no recelaran. Después papá daba la orden y Reme y Sixto, que estaban en el palomar desmantelado, empezaban a hacer aspavientos y a dar voces y a mover las carracas para asustarlas; yo las esperaba en el pasillo y no las dejaba volverse atrás, aunque era difícil y tenía que defenderme la cara porque se ponían aturcidas y no acertaban a encaminarse. Pero antes o después todas acababan en el nuevo lugar, ocultándose en los huecos de los cajones y aferrándose a los varales, con las plumas temblonas y las alas medio abiertas aún por el susto.

En el trámite siempre salía alguna malparada. «Procurad que ninguna se haga daño», nos advertía papá. Pero era imposible. Y siempre veíamos algún borrón de sangre en la pared del pasillo, por lo que ya sabíamos que alguna se habría herido y había que descubrirla entre todas para ver de curarla. Eso cuando no aparecía, como ocurrió un año, una en el mismo suelo, allí depositada en una siniestra calma falsa, soltando por el cuello lenta sangre negra que se iba como aceite por una juntura, y palpitándole el buche en un vaivén horrible. Papá la recogió con

mucho cuidado entre las manos y nos mandó marchar antes de hacer algo con ella. Me pareció muy misterioso el que en los ojos no se conocía lo que le estaba pasando al animal. Yo pensé que se estaba orinando. Me dijeron que a los demás animales les ocurre también. Esa serenidad de la mirada que es mentira porque se van a morir y es como si les diera vergüenza o pudor, y nada del revoltijo de dentro saliera al exterior. Creí que a las personas les pasaría eso mismo pero luego me enteré de que no. Entonces pensé durante mucho tiempo cómo habría sido la última mirada de mi tío Sixto, el hermano mayor de mi padre. A lo mejor fue como la de las palomas. Pero no creo.

Papá tenía dos clases de palomas. Las de criar y las de recado, como él decía. Éstas últimas eran auténticas mensajeras, con las que él se comunicaba con sus amigos de la Asociación. Era muy curioso: usaban palomas adiestradas para llevar mensajes pero luego se escribían por carta para dar cuenta de cada una de ellas, detalles de su vuelo, fecha de recepción, estado físico... Como si no conviniese que las palomas llevasen datos que informasen sobre sí mismas, por si durante el vuelo ellas pudiesen leerlos. ¿No hacen eso los pacientes que salen de la visita al médico con el diagnóstico de su enfermedad entre las manos, en un sobre cerrado? Cuando una vez le hice reparar en ello, papá se rió y me miraba con sorna y con sorpresa: «Vaya, vaya, le diré a la Asociación que le ha salido aquí una pequeña célula crítica»,

me decía poniendo en el tono la misma bondad que tenía en la mirada mientras me hablaba.

La Asociación de Colombicultura era un tanto extraña. En realidad, su cometido a mí me parecía tan inocente como inútil, a juzgar por lo que leí en el manual que había en casa con su historia, el sentido del uso de las aves durante las guerras, las claves universales de los cifrados que portaban, las distintas maneras de anillar... y un almanaque final de casos raros, a veces divertidos y a veces espeluznantes. Jamás podré olvidar el del socio holandés que quedó ciego cuando una paloma, furiosa tras atravesar una tormenta eléctrica sobre el mar, le vació los ojos de dos picotazos. Desde entonces, ciego y todo, él seguía atando a las patas de las palomas, ahora escritos en Braille, los mensajes. Hasta que alguien tomó la decisión de prohibirle mandarlos así; entonces el hombre hubo de hacérselos leer por otro socio que un día empezó a falseárselos, primero por comodidad propia y después para divertirse a su costa. Hasta que en cierta ocasión, ya aburrido de su propio juego, el amigo le mintió diciendo que el mensaje que acababa de traer una paloma decía aproximadamente: «Por necesidades de agilidad en el servicio, queda usted liberado de cualquier función colombina y en adelante no recibirá más contactos». Y fue tal la inmediata desesperación que le entró al infeliz que, sublevado, salió gritando desorientado hacia las terrazas de la torre donde estaban las jaulas con sus palomas, empezó a abrazarse a ellas como si quisiera resguardarlas de algún peligro y acabó

cayendo al vacío, quién sabe si a propósito o guiado por algún instinto que no supo detener. Lo terrible del caso fue que el mensaje, según luego se sabría, era de signo bien contrario. Venía a decir que se le nombraba socio predilecto de la Asociación Holandesa de Colombicultura por su sostenida vocación y su amor a la causa, todo un ejemplo a pesar de su desgraciada limitación física. También se felicitaba a quien se suponía que le leía cada mensaje, que quedaba invitado a acompañarlo al acto solemne de su nombramiento en la sede central de la capital. El amigo se veía en el trance de tener que viajar con el ciego a recibir el honor; pero había falseado tantos mensajes anteriormente que ahora debería dar explicaciones difíciles a la directiva de la Asociación sobre palomas que supuestamente se extraviaron, por lo que decidió cortar por lo sano y tergiversar también el contenido de la felicitación a fin de tentarlo a abandonar definitivamente su pasión, la única que le mantenía en contacto con el mundo. Y se inventó el otro mensaje, de tan horrorosas consecuencias. El, según explicó luego, tenía pensado redactar una breve nota exculpatoria y así no ir ambos a Amsterdam; también rogaría en su nombre –en el del propio ciego– que le enviaran el título de la distinción; le haría firmar todo al pobre amigo –que en realidad oíría otra cosa, una mentira más– y así terminaría por fin para los dos su relación con las palomas, que al fin y al cabo había sido la causa de su fatalidad. Ésa era la estratagema, que nunca pudo llevar a cabo tras la muerte terrible del hombre.

Todo terminó sabiéndose. En Amsterdam se celebró juicio contra él y a lo que parece, según exponía el almanaque del manual con nombres y apellidos puntuales, pasó varios años en prisión por homicidio involuntario.

Otra cosa buena era que a las palomas mensajeras papá les ponía nombres. Mimaba mucho aquella operación, llegando a obsesionarse cuando no se decidía por alguno. A veces nos preguntaba a nosotros. Y era curioso comprobar cómo el nombre que le decíamos no le convencía nunca, pero le servía de punto de partida. Una vez, por ejemplo, mi hermano Sixto le dijo que llamara «Garrafita» a una muy gruesa que renqueaba y a duras penas se sostenía en el varal, y papá no se lo pensó dos veces y dijo que no, que «Garrafita» no, pero que la llamaría «Doña Baldes» porque parecía que llevaba un cubo lleno de leche de cada mano cuando caminaba oscilando tanto.

Cuando no se le ocurría un nombre para alguna paloma, llamaba a Desiderio, más bien llamado Teyo o Teyín por todos en la calle Feria. Aunque quizás no era por esa razón por la que le invitaba a veces a subir a casa. Desiderio era un cristalero de la fontanería que había cerca de casa. A mí me gustaba que viniera porque a veces nos traía recortes de cristales que aplicábamos con cera de vela derretida a las chapas de las botellas, tras poner de fondo la cara de un artista famoso o de los personajes que más admirábamos en los chistes. Como esas monjas que se deshacen de los recortes sobrantes de las hostias,

Desiderio llegaba a casa con un pequeño fardel y volcaba sobre la mesa aquellas formas perdidas que nosotros mirábamos fascinados antes de decidir con cuáles quedarnos. Traía también un artilugio que él llamaba así, el diamante, para rasgar el cristal sin hacerlo añicos antes de matarle el canto y evitar que nos cortásemos.

Desiderio tenía un carácter jovial, menos reconcentrado que el de papá. También por eso nos gustaba que viniese. Los dos hombres se ponían enseguida a discernir qué nombre convendría a tal o a cual paloma, y lo hacían con un cuidado extremo, como si fuesen mujeres y no animales. «Un nombre es un nombre -le oí decir una vez al cristalero-, y puede perjudicar más de lo que parece si no se acierta con él». Y eso les bastaba a ambos para tomarse en serio aquello de bautizar solemnemente a las palomas.

Con el tiempo, Desiderio se fue aficionando a las tareas que conllevaba el cuidado de las palomas mensajeras. Debían registrarse los pormenores de cada viaje en un cuaderno oficial que había que abrir para cada una. También había que registrar su peso a fin de calcular cuánto habrían recorrido en el vuelo. Y asimismo, anotar los mensajes que traían anillados. Eran mensajes que la Sociedad Colombófila manejaba con objetivos científicos. Generalmente, en los cuadernos, junto a las fechas de suelta y de anterior llegada, en el apartado de observaciones había alguna anotación: «Curada de las timoneras en abril», «Atacada de gavián y con huella de herida». Cosas así.

Con el tiempo, Desiderio llegó a tener en nuestra casa sus propias palomas. Y cuando aparecía en el horizonte una de ellas papá hacía que llamásemos enseguida al cristalero para que subiese a recibirla como si de un huésped ansiado se tratase. La casa entonces era una fiesta.

No sospechábamos cuánto mal nos iba a traer un día una de aquellas aves.

Se llamaba «Bombardera» porque hacía un vuelo grueso y sin dibujos en el aire, como uno de esos insectos demasiado pesados que parecen quedar congelados en el espacio. A papá le gustaba admirarla con los ojos apretados contra unos prismáticos de latón dorado que tenía siempre junto a él en la ventana del cuarto palomero y con los que se pasaba buena parte del día mirando al cielo. Como el nombre se lo había puesto Desiderio, la paloma era de él. Y siempre que papá divisaba flotando en el aire aquella majestad inusitada y distinta, nos pedía que fuésemos a avisarlo.

—Decid a Desiderio que venga, que ya está aquí «Bombardera», nos decía muy agitado.

Y avisado el cristalero, subía corriendo las escaleras y ofrecía el antebrazo por fuera del ventanal, como puesto en cabestrillo y enfundado en el manguito de cuero, para que «Bombardera» se posara en él antes de meterla a descansar en su jaula y ponerle el agua y el trigo molido.

Aquel vuelo solemne y silencioso traía encerrada futura música negra que ninguno oíamos todavía. Aunque, bien pensado, acaso ése fuera su verdadero mensaje secreto, como algunos que llegaban en clave atados a la pata y con una referencia especial que papá y Desiderio descifraban encerrados a solas en la cocina. Una vez que entré a beber agua les pillé leyéndolo a media voz, pero se callaron en cuanto me vieron y me mandaron salirme y me riñeron para que no volviera a entrar así. «Detenidos cinco compañeros más en las montañas de León». Eso fue lo que escuché decir a Desiderio. Aquellos mensajes misteriosos tenían siempre un destinatario distinto, y terminaban en un comercio, en un garaje o en un café del barrio de La Alberca, adonde mandaban a la Reme a llevarlo. «No esperes a nada, tú lo entregas y te vienes deprisa», le decía muy tajante papá, que ya no se apartaba del balcón –allí fumando y en pijama aunque fuese invierno– y no quitaba ojo a la calle hasta que la veía por fin volver.

El cortejo salía ya formado de la iglesia de San Lázaro a las ocho en punto. Las primeras autoridades llegaban hasta allí en coches relucientes que bajaban despacio, todos juntos y a última hora, por la Ronda de la Feria, escoltados por un par de motos negras que les iban abriendo el paso. En cambio, los excombatientes de la guerra civil o de la campaña rusa venían por la Costanilla o por Calvo Sotelo –entonces había que llamar así a la calle Riego– en ostentosos grupos de a pie, que pasaban charlando

animadamente, dejándose ver bien y demorándose («lo hacen adrede», dijo una vez Virtudes) frente a determinados comercios y portales, como si quisieran hacerse notar allí con más precisión todavía.

Lo peor, lo más humillante era lo de la parada en el «Turis». Todos se reunían allí, en el bar de Carlitos, a consumir raciones de pulpo en pimentón antes de hacer el último tramo hasta la iglesia. Por lo visto, la primera vez fue la peor. Entraron y se encontraron en aquella penumbra un poco bárbara con los hombres del barrio. Nadie rechistó. Se bebía en silencio y desentendidos unos de otros mientras los recién llegados, que habían apoyado los estandartes y las banderas en un rincón, conversaban en alto sobre cosas triviales. «Querían hacerse ver», nos diría alguna vez Desiderio, ya mucho tiempo después. Luego nunca fue así porque cada año, cuando entraban en el bar jamás había nadie. Se les dejaba solos. Comían ruidosamente las raciones y daban bofetadas acaloradas en el cinc del mostrador. Eran unos veinticinco o treinta, todos de madurez ya medida, que parecían celebrar algo con aquella energía volcada intencionadamente en los gestos y maneras con que pedían a Carlitos otra ronda o un poco más de sifón para el vino. La verdad era que cuando salían parecían aún más envalentonados y miraban sin miedo algunas fachadas, la nuestra entre otras, donde nosotros seguíamos con la nariz aplastada contra los cristales de las ventanas del balcón mientras oíamos a papá silbar detrás, afanado a lo mejor en hacer paquetes de huevos para el mercado.

Sólo entonces, cuando todos aquéllos se perdían por fin calle abajo, de las sombras del «Turis» salían silenciosos y uno a uno los vecinos que habían permanecido más adentro, resguardados en la oscuridad del almacén, oyéndolo todo y respirando con escrúpulos.

«Pues claro, ¿cómo no iba a estar yo?», le respondió Desiderio a la Reme cuando mucho tiempo después le preguntó.

Se empezaba a cerrar el cielo en golfos oscuros y las antorchas de los cofrades, como un baile de mariposas vivaces, empezaban a destacarse en torno a la iglesia de San Lázaro. Cualquiera del barrio sabía que la cosa no iba con nosotros, los vecinos. Alguien había impuesto precisamente allí, en ese punto de partida, esa procesión triunfal. No se escapaba el detalle: los ganadores recorrían precisamente esa parte baja de la ciudad, donde muchos años atrás hubo represalias atroces. Por eso, apenas nadie salía a verla pasar. Y, aún menos, a ninguno de la calle se le ocurría apuntarse como congregante. Aquello no era nuestro. Era contra nosotros, ya lo sabíamos.

Aquella fecha los hombres del barrio, parece ser, siempre se metían desde después de comer en el bar «Turis», que permanecía cerrado, como era de obligación, un par de horas antes de la travesía de la procesión. Pensé muchas veces en esos hombres allí, en la penumbra del bar, primero bebiendo con

rabia, luego en el almacén interior, esperando a los ruidosos fascistas que llegaban siempre llamando a los cuarterones del bar («¡Ábrenos, chaval!») como si fueran buscando a alguien otra vez y que una vez dentro se atiborraban de salsas sanguinolentas y sacaban conversaciones desafiantes. Por fin, tras el aviso de Carlitos de que ya podían salir, escucharían llegar el ruido de los caballos y los himnos, cada vez más cercanos, mientras en silencio y bien separados unos de otros -así me los imagino siempre- bebían y fumaban otra vez a oscuras, y el llamear fugaz de las brasas de los cigarros encendería por un instante aquellos rostros silenciosos, hinchados y enrojecidos por el vino y por la memoria, calentada al paso de aquellos gerifaltes de andar solemne y a cara descubierta. Sonarían, tuvieron que sonar insultos entre dientes en el bar, a duras penas contenidos contra el cielo de la boca. Y seguro que salieron hasta lágrimas, y alguno silbaría por lo bajinis una canción de revancha. Pero la cosa no pasaría de ahí y todo quedaría definitivamente ahogado en la salsa de blancos medallones de pulpo granujiento, los más tiernos, que Carlitos no había querido servir antes a los siniestros ocupantes de su bar y que siempre reservaba para ellos. «Señores, todo va de mi cuenta», les decía cada año a los vecinos como para aliviarles del rencor y la pena. Y hasta que terminaba de pasar la procesión, se preocupaba de que no faltara vino en ningún vaso mientras les daba aliento con palabras de ánimo: «Ya pasó, ya pasó todo otro año... venga, venga...».

De haber podido escucharse, de algunos corazones se habría oído salir –seguro, seguro– la música avergonzada de las claudicaciones.

El primero que la vio fue Sixto, el pequeño. Como estaba a punto de oscurecer, dudó si no sería un poco de melena desprendida de alguna nube, pero siguió fijándose hasta que nos lo avisó a Reme y a mí. Me parece que ahí viene la «Bombardera», dijo. Y afiló la mirada como para cerciorarse. Cuando llamamos a papá, llegó corriendo, nos separó de un manotazo a los tres del cristal y se aplicó los prismáticos a los ojos. Por unos segundos no se movió, como si no quisiera creer lo que estaba más que claro. Y enseguida, «es ella», dijo desolado y dejando caer lentamente los brazos con los prismáticos aún en las manos. No sé qué estaría imaginando, porque a mí no me parecía tan grave que una paloma llegase a casa aunque estuviera pasando en ese mismo momento la procesión, pero lo cierto es que a papá el cigarro le temblaba mucho en el labio y la cara se le había puesto de repente del color de los cirios que pasaban debajo de nuestro balcón justamente en esos mismos momentos.

«Que alguno de vosotros baje a avisar a Desiderio», se le ocurrió pedirnos. Fue Virtudes la que le dijo si es que estaba loco o qué, «ahora van a bajar, sí hombre, con la procesión en la puerta». Papá se ponía y se quitaba los prismáticos una vez, otra, otra, arriba, abajo, arriba otra vez. Uno de esos personajes ridículos de las películas mudas que fundan la industria de su

gracia en los excesos y las repeticiones. Lo mismo él, brazos arriba, brazos abajo, sin quitar la vista de aquel punto cada vez más grueso, que indudablemente se estaba acercando como solía, las alas desplegadas y la justa batida para no perder la templanza del vuelo.

«Si al menos ya oscureciese del todo...». Lo dijo papá como si implorase desesperadamente una plegaria, mirando la imagen del Cristo que pasaba bamboleándose bajo nosotros, escoltado –o prendido: yo ya lo vi así siempre– por los seis números relucientes de la guardia civil. Fue Virtudes la que nos puso en danza con órdenes precisas que todos, incluido papá, obedecimos sin rechistar. «Hay que recibir a la paloma, no siendo que se descubran noticias», comenzó por decir mientras le arrebatava a papá los prismáticos, lo apartaba del balcón y nos pedía a nosotros que preparásemos agua nueva y trigo molido en el bebedero del cuarto de atrás.

«Bombardera» se posó en el tejado de la confitería, frente a nuestra casa. Lo hacía así casi siempre, hasta que aparecía Desiderio y la reclamaba ofreciéndole ceremonioso, como a una dama mereciente –así lo expresaba él–, el brazo desde el balcón. «Ven, bonita; ven, cariñosa», le decía siempre. Era una escena que todos, papá también, vivíamos con intensidad, más aún cuando «Bombardera» traía alguno de aquellos mensajes particulares y los dos hombres se retiraban a la cocina antes de mandar a la Reme a la calle con el recado entre las manos.

Y allí estaba. Inmóvil y sin perder de vista nuestro balcón con los cuarterones a medio abrir, lo jus-

to para ver apelotonados, cabeza contra cabeza, un buen trozo de calle sin ser vistos.

—Se va a desorientar con tanto ruido y la van a acabar descubriendo; todo se perderá, anunció papá con la voz preocupada.

No era el momento de pensar demasiado, eso dijo Virtudes, en un tono igual de sombrío que a nosotros nos pareció lleno de exageración. Tampoco entendimos el alcance de lo que luego dijo —«esperemos que hoy no llegue el recado principal»— ni la reacción imprevista de papá, que de pronto pareció estimulado por algún pensamiento que se le apareció en toda su negra evidencia y empezó a pasear desconcertado por el cuarto vacío, con las manos en los bolsillos del pijama. El azafrán del bigote, me fijé, le brillaba como si le hirviera gravemente. Abajo, los tambores ya hacían estremecer los suelos de la casa. Y nosotros muy callados, desentendidos ya de la procesión y mirando a papá y a Virtudes, esperando alguna otra señal, alguna otra palabra que nos hiciese saber a qué tanto misterio, a qué tanto temor. «Hay que llamarla ya», dijo de pronto resuelto papá, «no podemos aventurarnos y perder el contacto con los de Portugal». A mí me pareció que por primera vez papá se transformaba, como si se agigantara su pequeña estatura y el rostro se le llenara de otra luz, de otra sangre. Todo decidido, nos pidió el cabestrillo de cuero de Desiderio y se arremangó el pijama hasta más allá del codo. «Procuraremos abrir el balcón cuando estén pasando las trompetas. No quiero que mire nadie».

Yo estaba absorta porque nunca había visto así a papá, tan seguro de sus palabras, tan rotundo en sus decisiones. Parecía iluminado de repente, como los héroes de los chistes y de los álbumes que recoríamos para incrustar en las chapas bajo las hostias de cristal de Desiderio.

El orden de las escenas ya se me ha olvidado. No puedo saber si ya estaba mirando hacia nuestro balcón el militar que acompañaba a aquel Camuñas cuando asomó el brazo de papá. Un poco después y ya no se habría visto, pero aún quedaban suficientes restos de claridad en la tarde de abril, que había venido muy abierta ese día. Y el brazo se vio. Claro que se vio. Un brazo tenso, revestido del manguito de cuero para que «Bombardera» se posara, rematado por un puño cerrado y en alto tal como lo ponía Desiderio, el puño de papá, que cuidaba de que a él no se le viera en las sombras del interior, tras la puerta del balcón abierta nada más lo justo.

No sé, no lo recuerdo tampoco, si el militar llevaba ya las gafas cuando miró hacia nuestra casa y vio aquello allí, la provocación de un saludo amputado de alguien que se escondía.

Fue a mí a la que llamó papá para que mirara con mucho cuidado y le fuera contando lo que pasaba con la paloma, si ensayaba el vuelo último o estaba desconcertada por la música bárbara de las trompetas, que rechinaba crispándolo todo. Me mandó tirarme boca abajo en el suelo para ver me-

jor y asomarme despacio hasta donde pudiera por el canalillo entreabierto de la puerta.

Lo que yo veía era a aquel militar mirando incrédulo hacia el balcón. El susto le había hecho rezagarse un poco hasta que dejó de caminar del todo y quedó clavado, absorto ante la visión prohibida del puño en alto de papá. Detrás de él el desfile se entorpeció y los grupos se pararon también a mirar. Cuando Camuñas cayó en que desfilaba desemparejado y miró hacia atrás, comprobó que el gobernador militar estaba como alelado, sin moverse y mirando al cielo. Y tras él, toda la procesión quieta como si hubiese recibido una orden suya. Camuñas se le acercó confuso y yo vi cómo ladeaban la cabeza y se hablaban al oído antes de volver a mirar mucho a lo alto, ahora los dos, sin dar crédito a lo que se veía. De repente, Camuñas se deshizo de las gafas negras como para cerciorarse. Papá insistía, perdido en su ignorancia y con el puño bien arriba: «Qué hace la paloma, hija, qué hace, ¿levanta o no?», y a mí se me había olvidado ya que «Bombardera» estaba allí, justo en la cornisa exterior del tejado de la confitería del señor Lucio, como si no tuviese que ver con ella todo aquel desastre repentino: el dedo acusador de Camuñas mantenido en alto, el militar haciendo visajes a los policías que un poco más atrás escoltaban el paso de la Virgen de la Amargura, la gente saliéndose ya sin recato de las filas y volviendo a su sitio a contar urgentemente, los cofrades levantándose disimuladamente el caperuz.

Papá me seguía preguntando por la paloma y yo no sabía cómo explicarme ante él, por dónde em-

pezar, cómo ordenarle con palabras qué era aquel revuelo, la agitación hormigueante que iba concentrando a la gente justo frente a su brazo, la indiferencia de la paloma pero por bien poco tiempo ya, pues pensaba empezar por decirle que todo el mundo estaba mirando al balcón desde allí abajo, que Camuñas se había destacado solo y delante de una multitud cuchicheante se ponía una mano en bocina para hablar en voz alta -y la otra agarrando la culata de la pistola-..., pero no pude ni comenzar mi relato porque entonces fue cuando «Bombardera» levantó su vuelo, sordo y grueso, el de las otras veces, el de siempre, se quedó suspendida en el aire y descargó sobre Camuñas. La ráfaga fue extraordinaria, bien lo vi, y le alcanzó la cara, el uniforme cremoso, la percha de medallas, las insignias... Las carcajadas y las maldiciones lo desfiguraron todo. Apareció por fin el municipal de siempre abajo, llamando sin prevención. Virtudes se llevó las manos a la cabeza y la Reme y Sixto se echaron de pronto a llorar. Papá me miró de una manera muy extraña tras asomarse ya sin miedo al balcón y ver lo que abajo se había formado. Entonces me cogió con ternura la barbilla entre las manos y me sonrió.

Luego, justo antes de que irrumpieran cuatro hombres bruscos en el cuarto, le dio tiempo a besar-me la frente apoyando el bigote lijoso, como hacía cada noche, y en el tono tranquilo de siempre me preguntó si me había fijado dónde había vaciado el depósito «Bombardera». Asentí con la cabeza. Todavía le oí musitarme al oído «alguna vez te lo

contaré todo», cuando uno de aquellos hombres lo arrancaba de mí y le ofrecía sin miramientos el frío metálico y obligatorio de las esposas.

A pesar de poder ser considerados con todas las de la ley comercios de poca monta, de estricta aura familiar y alcance limitado, las tiendas de la calle Feria tenían, todas ellas, dependientes. Algunos llegaban una buena mañana y se incorporaban con mentida naturalidad a los quehaceres, con esa falsa disposición que se les nota a los que dicen saber bailar bien y se arrancan por una gimnasia desproporcionada que enseguida los deja en evidencia. A veces se iban ellos sin más y a veces era el jefe del negocio o el encargado quien les daba el pasaporte. Los más flojos resistían taciturnos hasta el mediodía, desaparecían y no volvían siquiera a pedir lo correspondiente a esas horas. Por el contrario, había quienes caían una mañana en la calle, buscaban comercio casi a ojos ciegos y terminaban por no salir de allí para nunca jamás. No eran muchos pero los hubo así, hechizados por ese destino mercantil, por sus tentáculos pegajosos.

Se dio incluso el caso de pasar alguno de unos brazos a otros. Se instalaba un mancebo en la droguería de Manahem, por ejemplo, y a los diez minu-

tos ya estaba con la bata blanca empaquetando proporciones de raticida o tratando las anilinas. Todo sería cosa de dos días, hasta que Manahem se daba cuenta de que el muchacho no tenía virtudes para llevarse bien con su negocio pero le parecía que sí se le podía dar lo de andar entre el azúcar, y lo ponía en la puerta del obrador del confitero, que a su vez, cuando se enteraba de cómo dominaba la bicicleta, acababa pasárselo a Don Ángel el farmacéutico para hacerle de recadero hasta que a la tercera comanda confundida lo llevaba de la mano a la mercería de Trinitario, quien al poco tiempo... Lo bueno era que todo este pasaje se hacía sin agriar el gesto. El señor Cordero, el del bar, lo repetía a menudo en el serano cuando algún advenedizo estaba en ese picoteo.

EL SEÑOR CORDERO: Los verdaderos dependientes tienen que pasar por un comercio tras otro como si se probaran prendas. Unos les quedan grandes y les sobran por todas partes; otros, por estrechos, no les sirven. Hay que echar paciencia y esperar hasta ver dónde se ajustan ellos solitos. Y, si no, se irán de la calle, vaya si se irán, porque las propias tiendas los echan, aquí no hay quien aguante si uno no se hace a las mercancías.

Había dos rangos de dependientes. Los encargados y los aprendices. Aquéllos eran parte orgánica del propio negocio, un esqueje más que a veces perseveraba dos y hasta tres generaciones de propietarios en un ejercicio de lealtad que podía llegar a conferir-

les la facultad de poder opinar sobre absolutamente todos los cabos de la empresa. Solían ser reclamados por el dueño cuando venían los viajantes a ofrecer los artículos de temporada. Incluso eran consultados discretamente sobre pormenores de clientes –su solvencia económica; su salud moral...– cuando se trataba de negociar letras o de pactar condiciones demoradas de pago.

El caso más llamativo de fidelidad fue el de Argimiro, el único dependiente de la ferretería La Llave, a quien el señor Arsenio, el dueño, propuso (¿pero no sería mejor expresarlo con un verbo más desprejuiciado, el verbo de lo que se dictamina sin posibilidad de replicar?) casarse con su viuda cuando el hombre se vio en trance de morir. Al no haber tenido descendencia, veía don Arsenio a su mujer del todo desorientada para seguir con las riendas de la tienda. Y tanto por eso como por evitar los juegos de sombras que iba a traer en el vecindario el hecho de seguir en la vida diaria la nueva dueña y el dependiente, haciendo juntos comidas y esperas hasta la tarde, incluido el golfo peligroso de la siesta, se le ocurrió al dueño salvar de un golpe certero el negocio y el honor, dejando en un codicilo anejo al testamento su deseo de que ambos se casasen cuanto antes, cosa que hicieron tras los seis meses primeros de guardar luto. Y todo hubiera ido bien si no hubiese sido que doña Manolita la viuda –a la que Argimiro empezó a llamar Manoli, como el propio Arsenio, no sin esfuerzo y cuando nadie lo oía– volvió a serlo, pues al mes de contraer matrimonio

Argimiro murió, hecho que, ahora sí, disparó todo tipo de conjeturas entre los vecinos de la calle. Por el alegre cuartel de las hipótesis pasaron desde los ardores mal contenidos de la mujer –que ahora se veía en manos de un hombre que le guardaba más respeto y veneración que amor– a su deseo verdadero de deshacerse de alguien que había usurpado el puesto del marido por orden expresa de éste; algo así como si el pobre Argimiro no fuese más que una última excrecencia del difunto, que al enviarlo al altar con ella convertía el sacramento en un acto mercenario, una humillación que a duras penas podía consentir la mujer. Lo cierto fue que doña Manolita dejó de ser Manoli otra vez cuando una mañana Argimiro apareció muerto de un ataque fulminante al corazón. Eso escribió el médico.

Igual que hicieron siete meses atrás, todos los comerciantes volvieron a cerrar y volvieron al entierro –y la viuda volvió a removerse igual que una gallina negra en medio del cortejo– la mañana de octubre que acompañaron hasta el cementerio el cadáver de Argimiro. La viuda había dado la orden de que se le colocara junto al féretro de Arsenio. En aquel mismo panteón. Y así se hizo.

Años más tarde, Pacho Poveda, el encargado de Tejidos Fabri, contaría que aquella mañana no pudo por menos de asomarse al hueco y ver que todavía faltaban dos nichos por llenar. Uno sería el de la viuda, previsiblemente, que allí se iría alguna vez a reinar en la oscuridad entre sus dos hombres. ¿Y el otro? Empezó a difundirse la especie de que en

la calle había una «viuda negra» y las mujeres se cuidaron bien pronto de avisar a los maridos que ni se les ocurriera entrar en La Llave. Fuese eso o fuese el fondillo baboso de una envidia mal fomentada ante la interesada posibilidad de que volase por los aires el prestigio de la ferretería, uno de los más prósperos negocios de la calle y aun de más allá, la cosa fue que se dejó de entrar allí. Se veía a doña Manolita, que ya nunca alivió el luto, mirarlo todo desde la penumbra del mostrador, amodorrada allí como la nave varada que se pone a envejecer sin remedio y a la que nadie nunca irá a sacar a la mar. Una mañana la tienda apareció cerrada. Y al día siguiente también. Alguien fue a llamar a casa de la mujer por si le hubiese sucedido algo pero nadie contestaba allí tampoco. Se temieron entonces lo peor. Y llamaron a la policía. Y la policía a un juez. Violentaron las cerraduras y entraron, primero en la vivienda y después en la propia ferretería. Pero no encontraron a nadie. Ni rastro de doña Manolita, que ya nunca más volvió a aparecer. Se dijo que uno la vio en cierta ocasión en la cola de un comedor de beneficencia en Barcelona. Y también que alguien la había reconocido en un puerto gallego embarcándose para Argentina, donde al parecer tenía alguna familia (*«¡llevadme con vosotros!»*). Pero lo cierto fue que nunca más se supo de ella, y cuando las persianas metálicas de La Llave cayeron con estrépito sucio tras aquella inspección policial, nadie volvió a verlas alzadas jamás.

Otro elemento de fuerte identidad en la calle Feria, además de los dependientes, era la manera de envolver en los comercios. Había todo un repertorio de tactos, colores, tamaños y motivos en los envoltorios comerciales, dado el carácter heterogéneo de las tiendas. Desde la suavidad palaciega del papel de seda perfumada que usaban en «La Red» para la ropa delicada hasta la aspereza morena del papel de almacén que se usaba en «El Sayagués» y en «Blas del Río», las dos guarnicionerías de la calle, para envolver la semence, los remaches o las puntas de gota de sebo. Una discreta simetría tendía puentes entre lo que se vendía, el uniforme de los que despachaban y el envoltorio con que se encamisaban los productos vendidos. La droguería y la farmacia servía todo en finos papeles de cebolla blanca que crujían al estuchar la mercancía, y todo a juego con los uniformes blancos de los dependientes de mostrador (los aprendices y recaderos eran otra cosa, con amplios blusones azulosos y dedicados a las oscuras labores de trastienda). Los comercios de alimentación tenían siempre a mano resmas de papel de estraza. Los tenderos sabían hacer con él en torno a un puño formas de barquillo donde echar la fruta o las medidas de legumbres. Si la cantidad de lo que se vendía era mayor, ya se echaba mano de paquetes armados que los vendedores sabían cerrar hábilmente con una especie de oreja engurruñada en la parte superior. Este gremio vestía de azul, un azul brillante muy llamativo, que parecía destinado a otra encomienda más sugestiva que la de moverse

entre especias de olor a fermento, latas caldosas de aceitunas y planchas enteras de bacalao o ruedas de peces en salazón, empanelados en cajas redondas. Las zapaterías, cordelerías y guarnicionerías lo envolvían todo en el papel continuo, un cilindro en pie que los mejores sabían cortar a ojo y de un solo rasgón con pasmosa justicia según el tamaño de lo que se iba a envolver. Pero los envoltorios más delicados eran sin duda los de los tres comercios del ramo textil –la pequeña mercería que había en la calle, la tienda de «Las Tres Coronas», «La Red»– y los de la confitería, que además de usar un papel ala de mariposa, finísimo y rosado, con la firma estampada del fundador de la empresa, tenía cintas rizadas para atar los pedidos, bandas de cartulina como andamios para protegerlos y bandejitas de cartón blanco de todos los tamaños, levemente onduladas en los bordes y con la impronta del comercio esgrafiada como en sello seco en el asiento central, donde se depositaban uno a uno con unas pinzas niqueladas los pasteles de perla verde o roja, los *petit-sous*, los amarguillos o los merengues, especialidad de la casa y que eran verdaderos sueños de escayola.

La tienda de confecciones «La Red» era desde luego la más elegante de la calle también en lo tocante a los papeles de envolver. Se usaban de dos tipos, los de color amarillo limón para menudencias de mercería y los verde oliva de envés blanco para prendas mayores, incluso para los abrigos, que un dependiente llevaba, a pulso sobre una percha especial en forma de larga T, hasta el domicilio del

comprador a fin de que no se arrugara. En ambos tipos de papel, el motivo era el mismo: el nombre de la tienda entre vapores arabescos de grecas y debajo, en el espacio central de una mandorla, otra vez el nombre del comercio y la leyenda CASA FUNDADA POR MANUEL MUÑOZ EN 1948. Esta composición se repetía estampada por doquier a lo largo de la superficie del papel. En los espacios vacíos había como una memoria vegetal de guirnaldas tan sólo insinuadas en un entresueño de aguas. Aquel envoltorio era como un maravilloso jardín que tapaba ropas secretas, medias aún adormiladas, carretes de hilo o elásticos. Era igual. Lo importante es que fuesen envueltos así, en aquella maravilla envidiada en toda la calle, que permitía que desde lejos y de manera inconfundible se supiese en cualquier punto de la ciudad de qué tienda había salido la persona que llevaba semejante envoltorio.

En cierta ocasión se libró una discusión acalorada a propósito de la excesiva fantasía que estaba llegando a la calle Feria. Demasiado culto, decían entre aspavientos los comerciantes más viejos, demasiado culto a la cáscara: los anuncios radiofónicos, los letreros de guiño eléctrico, los objetos de propaganda -papel secante o bien gruesos lapiceros con el nombre y la dirección del comercio- o los papeles de envolver. Las opiniones se atravesaron excesivamente entre unos y otros hasta que el señor Manuel Muñoz, que apenas aparecía por el serano pero que entonces había acudido interesadamente a varias sesiones seguidas cuando supo que se estaba

desacreditando su esmero particular en el negocio, proclamó ante todos los industriales, decidido a que el asunto perdiera aquella orientación simplemente decorativa: «El envoltorio da la última confianza en la mercancía». Fue como la sentencia que culmina el frontispicio de un templo. Y nadie osó revocar aquellas palabras definitivas que volvían a poner en su sitio –o sea, en el punto de vista comercial– el poder de sugestión de los envoltorios de su comercio.

La sentencia del señor Manuel Muñoz fue el origen de una apuesta que traía ya larvada desde sus inicios una historia sombría de amor y de miseria.

Fue cosa de los dependientes, que tenían la costumbre de juntarse cada tarde en un corro a terminar de fumar antes de entrar de nuevo a los comercios. A alguno se le ocurrió, aún reciente la suprema discusión de los envoltorios comerciales en el serano, sugerir por qué no presentarse cada cual con un objeto de su tienda lo mejor envuelto posible. A ver si los demás acertaban qué era. En el fondo, acaso sólo se trataba de secundar con disimulada servidumbre la posición de cada uno de los dueños de los comercios. ¿Pero qué se envolvería? Nada que fuese aparatoso porque nadie debería notarlo. Menudencias. Delicadezas que pudieran distraerse de la tienda sin echarlas en adelante de menos. La exposición de todo se haría al sábado siguiente en la taberna de la señora Eulalia a la salida del trabajo, y ganaría quien hubiera envuelto mejor lo que aportara. Se trataba

de hacerlo lo más limpiamente y lo más difícil posible, para lo cual contaría la dificultad del objeto elegido. No va a ser lo mismo –razonó Desiderio, el oficial de la cristalería– envolver un grifo que una caja de pastillas de la farmacia.

Al sábado siguiente todos acudieron a la cita. La señora Eulalia no notó nada especial –todos solían reunirse allí a tomar unas jarras de cerveza y unas anchoas– hasta que empezó a ver sobre el tablero de la mesa aquellos misteriosos paquetes, cada uno en su envoltorio particular. Los había largos y filamentosos; otros eran almohadillados y de bordes trizados como las empanadillas; algunos se sostenían de pie como pájaros extraños sobre lo que parecían dos patas, también enfundadas cuidadosamente. La dueña miraba todo desde el mostrador y debió de suponer que eran cosas de hombres. Algún nuevo juego del barrio o el cumpleaños de cualquiera. Cada uno de los dependientes defendía su aportación no tanto por el valor real que ésta tenía sino por la complicación que suponía haberla envuelto precisamente así. De eso se trataba. Marcial, de «César Díez. Vaciador. Elementos de hoja», había conseguido un perfecto marco equilátero a partir de tres cuchillos de postre con las puntas amortiguadas en rodajas de corcho, con un cartón perfectamente encastrado en el vacío central y todo envuelto en el papel amostazado de la cuchillería, de tal manera que ninguno adivinó qué podía haber allí dentro cuando lo presentó. Por su parte, Serafín, de «Las Tres Coronas», traía consigo una especie de cinta de articulaciones sinuosas, una

culebra nerviosa que tiró encima de la mesa y que el dependiente sabía dirigir con movimientos de marioneta; nadie se imaginó que bajo el envoltorio azul cielo de la tienda, donde lucían las tres coronas del anagrama simulando estratégicamente anillos a lo largo de la figura, había varias docenas de imperdibles engarzados, con más volumen en un extremo donde asomaban dos pequeñas protuberancias como cuernecillos –en realidad varios imperdibles arracimados que sobresalían– al modo de la cabeza del reptil.

Así fueron mostrando uno tras otro sus maravillosas artes de envolver. Y es posible que hubiese ganado Miguel, de «Blas del Río. Guarnicionero», con un haz de mangos de leznas apiñadas a las que había pintado con ceras de lujar sobre el papel grisáceo gorros militares y caras con bigotes de lira, lo que hacía aparecer el conjunto como una auténtica fanfarria castrense, que algunos consideraron un tanto infantil y desmedida. Pero al final quien ganó fue Enrique, precisamente de «La Red», como si considerase que tenía que afianzar la teoría de su amo sobre el envoltorio como última prueba de confianza. Era el suyo un paquete plano, como un filete terso y lleno de crujidos misteriosos, que parecía contener insectos de caparazón o arenisca moli-da. Daba gusto tocarlo. A que no sabéis qué es, dijo desafiante el dependiente. Todos ponían los dedos con prevención sobre aquella especie de parábola de la nada que hacía aún más irreal el papel alimonado de «la Red»; la sopesaban haciéndola saltar sobre la

palma de la mano, la escuchaban aplicándosela a la oreja, incluso mordiéndola (porque «hay quien lo llega a morder», dijo Enrique cuando le preguntaban por detalles). Hubo suposiciones para todos los gustos. Algodón en rama para rellenos especiales, ropa de niño, manoplas de gamuza. Enrique esperaba la rendición absoluta fumando con aquel gesto chulo que tantas veces gastaría después. Parecía no tener prisa. Estaba convencido de que nadie iba a adivinar lo que allí se encerraba. Parece que tiene alas, dijo de repente Isidro, un ayudante de la farmacia. Y es que acaso las tenga, replicó Enrique. Y el paquete no tiene suturas ni grapas, advirtió Feliciano, de la droguería «Manahem Ramos», y en efecto, el envuelto era de una perfección absoluta. Enrique se acomodó en la silla y se echó hacia atrás descuidadamente, como si no le importase estar lejos de aquella lámina enigmática que iba de mano en mano porque sabía que nadie podría hacerle daño. Al fin lo abrió. Mirad cómo lo voy a hacer, les dijo a todos. Y con un pellizco maestro entre dos dedos, abrió una punta y rasgó de un tirón el envuelto dejando una cicatriz cruzada. Entonces hurgó con cuidado, como si estuviese curando una herida íntima, y sacó a la luz el contenido: un velo de novia maravilloso que seguía y seguía saliendo infinito del papel amarillo como si nunca se acabase. Tenía tal transparencia que era posible ver lo que había al otro lado cuando unos cuantos lo sostuvieron con cuidado en el aire. La luz se tamizaba de una manera muy especial y volvía a salir por el otro lado con

un efecto de chispas que rebotaban fosforescentes a su través. Metros y metros de algo que no parecía de este mundo. Hasta la señora Eulalia dejó de servir y tanto ella como algunos clientes de última hora admiraban sin pestañear lo que seguía y seguía saliendo de aquella madriguera abierta. Ahora lo volveré a guardar antes de que este olor lo ofenda, dijo Enrique, –y sacó otro papel amarillo de «La Red»– y después se lo voy a dar a quien le haré lo mismo que he hecho cuando he rajado el envoltorio. Esa es mi oferta para ganar. Y cuando todos le preguntaron a quién, a quién, él volvió a echarse hacia atrás en la silla de madera y tras un silencio una larga bocanada al cigarro dijo tranquilamente en un tono bajo pero muy seguro:

–A Alicia, la que trabaja en casa de mi jefe. Mañana se lo regalaré para vérselo puesto ya.

En la monótona melodía de la vida de la ciudad nadie habría notado estos pequeños sobresaltos de la calle Feria, una calle sin apenas musculatura, más hecha para atravesarla de prisa y dejarla atrás –en todo caso detenerse lo justo a comprar algún recado de paso– que para dar tiempo a fijarse en el entramado de las relaciones de sus vecinos. Como ocurre con esas minúsculas exigencias físicas de un cuerpo en malestar, invisibles aunque con la tozudez interior de misteriosos roedores incansables, este juego de secretas correspondencias hacían de ese espacio una pequeña república de desentonos, una sopa revuelta de signos sorprendentes que escapaban

al margen de la normalidad que dominaba las otras calles, al menos las más señaladas, calles con olor a trapos hervidos y cuyo destino estuvo siempre en manos de quienes administraban eso que siempre se quiso llamar la vida pública.

¿Y es que había más? Es que había más.

De vez en cuando aparecía un viajante. Enseguida se le reconocía. El taxi ante el comercio. O el coche de empresa con letreros en las portezuelas, con cortinajes de acordeón en las ventanillas para evitar ver hacia adentro. Las maletas enormes con cantoneras afirmadas en filetes de latón dorado. La forma de vestir (trajes ya en crisis), que delataba una vida menos interesante de lo que sugerían las historias que a veces contaban en el bar «Turis» o en el «Crespo», historias de hombres, que los demás escuchaban entusiasmados entre rondas de vino y pulpo frío o peces escabechados a que el viajante, en nombre de su casa comercial, empezaba invitando. En la calle Feria se les concedía cierto estatus, cierta ventaja de trato que se resolvía con un «señor» siempre antepuesto al apellido. «*Ha venido el señor Egido*», «*Está aquí ya el señor Paniagua*», «*El señor Prósper duerme hoy en la fonda*». Eso era lo que los niños oíamos o lo que nos obligaban a decir cuando nos referíamos a ellos.

Cuando coincidían dos o más, fuesen del ramo que fuesen, siempre dejaban caer a los pies de quienes escuchaban historias tanteantes de sus viajes. Uno a

otro se las empezaban a contar tímidamente hasta que daban con un espacio común en que ambos se veían cómodos. Como si estuviesen ayudándose a probar ropas o calzados en busca de la talla decisiva. Hasta que la hallaban. Siempre eran, no fallaba, historias de pensiones donde se comía muy bien porque la dueña los apreciaba especialmente («*En una pensión de Orense es donde se come el mejor bacalao de España pero, señores, hay que pedirlo ex profeso y con tiempo*») o petulantes afirmaciones que trataban de dejar en evidencia lo poco que habían viajado quienes les escuchaban. Decían por ejemplo: «*Una vez tuve yo el capricho de beber la luna llena en el agua de la fuente de Canaletas...*» y daban por sentado que nadie sabía dónde estaba esa fuente, a no ser que hubiesen hecho el servicio militar allí. Entonces proseguían el relato cuidándose mucho de citar la ciudad, hasta que alguien lo interrumpía: «*Está usted hablando de Barcelona, ¿no?*» «*Naturalmente, ¿de dónde voy a hablar si no...?*». Y continuaban impertérritos, investidos definitivamente de la autoridad de quien podía viajar en una época en que lo común era hacer hoyo y quedarse entrampado a la puerta de casa viendo a lo sumo cómo pasaban coches de marca desconocida o bien oyendo desde la cama, entre esos ruidos agigantados de antes del sueño, los motores que se perdían a lo lejos en la noche.

Quizás el más agraciado en el arte de narrar episodios del oficio fuese el señor Prósper, un va-

lenciano que visitaba la tienda de Sánchez. Solía recalar muy cerca, en una fonda de la plaza de la Leña donde le guardaban habitación. Allí pernoctaba una o dos noches, según se le diera la venta por los comercios de otros barrios que también atendía. Pero al final de la jornada siempre hacía por verse con el coro de comerciantes de la calle Feria, que lo esperaban reunidos en el serano si es que era el buen tiempo o en la sastrería de Isaac Montesol, en las noches apuradas de frío.

Una de esas noches de sastrería, el señor Prósper llegó a prestarse a hacer de maniquí para un encargo que el sastre traía entre manos y cuya confección podía orientarle la figura adiposa y un poco achaparrada del viajante. Esa era otra de las costumbres de la calle. Cuando Montesol aceptaba un encargo a medida, siempre pensaba qué comerciante podría hacer las veces del cliente. Y así iba ensayando sobre quien le servía de patrón hasta que, tras probar el encargo cuantas veces hiciese falta, se daba por terminada la tarea. El sastre era estricto en extremo y obligaba a su modelo a no engordar ni adelgazar durante el periodo convenido hasta entregar el encargo, a fin de no fallar en las hechuras. Talla, envergadura y tiro eran minuciosamente comprobados por Montesol, que tenía una báscula de pie en un rincón del taller, escondida tras una cortinilla, precisamente para pesar cada poco tiempo al sosias del cliente. Era habitual verlo entrar en uno de los comercios y reclamar de pronto a quien había elegido para que pasara a probarse lo que tenía entre costuras. «*Pésate antes*»,

le decía. Y, mansamente, el comerciante se encerraba tras la cortinilla, se desnudaba casi por completo y voceaba su peso. «*Me tienes que adelgazar trescientos gramos*», le decía acaso Montesol desde afuera. Y había veces en que ni siquiera intentaba probarle nada. «*La semana que viene te vuelvo a buscar. Y ven ya de puesto*». Lo curioso era que nadie protestaba, como si todos fuesen miembros de una cofradía o de una secta que debieran acatar sin remedio las órdenes de Montesol. De Monte, como ellos solían llamarle.

Estaban también los mirones. Cada comercio tenía el suyo. Su mirón. Que no era exclusivo de él. El mirón se sentaba en cada tienda un rato regular, siempre a la misma hora, y luego iba saltando de tienda en tienda, a medida que iban dejando sitio otros mirones que hacían eso mismo. De modo que si uno se fijaba bien notaría un curioso baile transeúnte de mirones que iban así, de comercio en comercio, siguiendo un respetuoso pacto de horarios para no coincidir en cada tienda nunca más de dos. Había mirones matinales que llegaban apenas se abría el comercio al público; los había de mediodía -antiguos comerciantes que gustaban de contemplar desde la trinchera el adocenamiento de la hora punta en el comercio- e incluso vespertinos y hasta nocturnos -casi todos viudos-, que se quedaban remoloneando hasta el final en la aspiración de saber la caja que se había hecho en la jornada, y a quienes generalmente se urgía a desaparecer de la tienda con algún pretexto.

Todos sabían en la calle Feria que los mirones pasaban información comercialmente inconveniente a los dueños de las otras tiendas a las que iban. Pero aquellas estancias habían adquirido ya carta de naturaleza y nadie osaba discutirlos. Incluso cuando alguno fallecía o se marchaba a morir al Norte, a casa de algún hijo emigrado, su puesto quedaba guardado durante un tiempo. Si el mirón regresaba, el advenedizo que lo había ocupado se lo devolvía sin rechistar.

En sustancia, el mirón era un viejo cliente de la casa, un comerciante jubilado o un vecino de la calle que cada día varaba como una nave silenciosa y llena de inactividad pero con puntualidad exquisita. Entraban despacio, saludaban –o no–, se sentaban en torno a la mesa camilla si la había o se hacían al rincón en el diván donde podían sentarse los clientes que aguardaban a que les atendieran y permanecían allí su tiempo previsto, pasado el cual continuaban su recorrido, comercio tras comercio, camilla tras camilla, día tras día, dando sentido a los últimos años de su existencia, cuando ya nadie los quería ver demasiado tiempo en casa.

Y, sí, caían en la infidencia. «Creo que *«Las tres Coronas» va a liquidar ropa de cama el mes que viene*», le decía alguno al señor Manuel, de «La Red». O bien: «*Me parece que he dado con las claves de los precios de costo que pone Manahem en las etiquetas*». Cosas así que tendrían más importancia si no fuese que a veces los comerciantes soltaban a propósito alguna información falsa que no estaba en sus

intenciones con el fin de sembrar pistas inciertas entre los demás comercios del ramo. En todo caso, era todo un juego de espionaje que determinaba la ley de la competencia, algo natural en aquel reino comercial.

Así era por aquellos días la calle Feria, una pequeña república de dependientes embravecidos, de épicos viajantes de palabra ya abaratada por la repetición y el cansancio del oficio, de mirones que rendían sus últimos años a la observación silenciosa y al consejo comercial de última hora cuando se trataba de convencer a algún cliente indeciso. Pero por encima de todo ello, la calle era una pajarería de palabras sin orden que iban y venían en todas direcciones. Palabras de reclamo y de regateo, palabras de oficio, palabras secretas como contraseñas que encerraban la clave industrial por la que se gobernaban los precios de cada establecimiento, palabras empedernidas en cualquier conversación mercantil y palabras llenas de una exótica salud extraña («plexiglás», «vulcollán», «uralita», «formica»), que llegaban de pronto a la calle como una novedad fuera de tono a la que había que acomodarse para no perder el compás del oficio.

Y era en esos juegos de palabras donde los niños aprendíamos un abecedario decimal y lleno de relámpagos que ya nos acompañaría para siempre, nos estañaba la boca con la saliva dulce de nombres que jamás se oían en otros espacios de la ciudad, la ciudad gobernada por el gemido indigesto propio

de un país con olor a orín envejecido, encelado en
conservar en hielo negro, amortecida y triste, la can-
ción de la vida.